

INDOEUROPEOS

EN BUSCA DEL HOGAR DE ORIGEN

La paleogenética y el origen de los indoeuropeos:
de la hipótesis estépica de la «cultura Yamna»
al retorno de la hipótesis nórdica.

ALAIN DE BENOIST

COLECCIÓN ESTUDIOS INDOEUROPEOS



Título original: *Indo-européens: a la recherche du foyer d'origine*

Título: *Indoeuropeos: en busca del hogar de origen*

Autor: Alain de Benoist

Traducción: Jesús Sebastián-Lorente

Prólogo: Santiago de Andrés

Apéndices: Patrick Bouts y Carl Magnus

Epílogo: Jesús Sebastián-Lorente

Corrección: Editorial C&M

Maquetación: Manuel Quesada

Diseño: SNS Designs

© Alain de Benoist

© Manuel Quesada, por la editorial Eas

© Jesús Sebastián-Lorente, por la traducción.

Con la colaboración de Elinactual.com

1ª Edición, Editorial Eas, 23 de febrero de 2020

www.editorialeas.com

info@editorialeas.com

Apartado de Correos 26

Guardamar del Segura

03140 (Alicante)

I.S.B.N.: 978-84-120626-2-5

Impreso en Europa por los talleres gráficos Versus

Imagen de portada: *Reconstrucción de un individuo yamnaya de la estepa rusa alrededor de 5000-4800 a.C.*

Imagen de contraportada: *Carro solar de Trundholm (Museo Nacional de Dinamarca).*

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada, transmitida o utilizada en manera alguna por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o electrográfico, sin el previo consentimiento por escrito del editor.

ÍNDICE

Introducción a la edición española por Santiago de Andrés	9
INDOEUROPEOS: EN BUSCA DEL HOGAR DE ORIGEN	29
- El protoindoeuropeo: un hecho lingüístico	33
- El debate sobre el hogar de origen	41
- Arqueología y lingüística	51
- La paleontología lingüística	61
- Las palabras y las cosas	71
- Las estructuras arcaicas	85
- Evolución de la lengua y glotocronología	95
- Las aportaciones de la antropología	105
- La tesis «anatolia» de Colin Renfrew	117
- La tesis de Marija Gimbutas: la cultura de los «kurganes»	131
- ¿Un hogar secundario?	147
- De los «vasos de embudo» a la «cerámica cordada»	153
- Mesolítico y Paleolítico	165
- ¿Un hábitat circumpolar?	173
- Conclusiones (provisionales)	179
- Observaciones finales	185
1. Georges Dumézil y los estudios indoeuropeos	185
2. Lenguas indoeuropeas y lenguas preindoeuropeas	193
3. Los orígenes de la escritura	199
4. Del indoeuropeo al nostrático	203

APÉNDICES.	211
------------	-----

El crisol de las estepas por Patrick Bouts	211
---	-----

El ADN antiguo y el origen de los protoindoeuropeos por Carl Magnus	221
--	-----

EPÍLOGO

La paleogenética y el origen de los indoeuropeos: de la hipótesis estépica de la «cultura Yamna» al retorno de la hipótesis nórdica por Jesús Sebastián-Lorente	231
- El impacto genético de los «nómadas de las estepas»	231
- La paleogenética de los «aurasiáticos antiguos del norte»	235
- La «gran marcha» hacia el Oeste	238
- La mezcla del «perfil genético» europeo	241
- La destrucción de la pacífica e igualitaria «Vieja Europa»	242
- El debate interminable sobre el «hogar de origen» de los protoindoeuropeos	245
- El retorno de la hipótesis nórdica frente a la estépica	247
- El imposible maridaje entre ciencia e ideología	251

INTRODUCCIÓN A LA EDICIÓN ESPAÑOLA

por

Santiago de Andrés

Este excelente texto de Alain de Benoist, dedicado a la cuestión indoeuropea, fue publicado en 1997 en la revista *Nouvelle École*, y está acompañado, a modo de apéndice, por varios textos posteriores dedicados a cuestiones puntuales relativas al problema indoeuropeo. Esta fecha, veintidós años atrás, podría llevar a algún lector a considerar que se trata de un texto ya envejecido, posiblemente superado por más de dos décadas de investigaciones. Pero no es así. A pesar de estar centrado sobre la problemática del hábitat original, puede considerarse una introducción de conjunto a uno de los temas más apasionantes de nuestro pasado. Temática apasionante y, también, poliédrica, pues los enigmas y retos que comenzó a plantear la ciencia indoeuropeística, desde sus inicios, involucrará muy pronto a arqueólogos, antropólogos, etnólogos, historiadores de las religiones, sociólogos, o, más recientemente, a biólogos moleculares, entre otros especialistas ajenos al mundo de la filología. Es un mérito de este trabajo de Alain de Benoist ofrecer una síntesis de conjunto clara y erudita de una cuestión científica que, para bien o para mal, rebasó muy pronto los límites de la ciencia para penetrar en el dominio de lo político en sentido lato, cuestión bien perfilada también por el autor.

El contexto de un texto

Tratándose, pues, de una introducción, resulta un tanto incómodo redactar una introducción para una introducción. Lo primero que es preciso dejar claro es lo que ya se ha dicho al inicio de estas líneas: es un texto que no ha envejecido. Y no lo ha hecho por dos razones. La primera es que traza la historia de unas investigaciones seculares en las que las diversas posiciones interpretativas sobre el hábitat originario se han mantenido hasta hoy, unas investigaciones para las que dos décadas no constituyen un fragmento temporal significativo. La segunda consiste, sencillamente, en que la evolución de los estudios indoeuropeos no ha proporcionado novedades excepcionales, salvo la entrada en escena «como un elefante en una cacharrería», de los estudios paleogenéticos que, como veremos muy brevemente, no han permitido plantear nuevas hipótesis, sino solo confirmar algunas de las ideas sostenidas por la antropología física y la arqueología – es, por ejemplo, el caso del origen meridional de los portadores de la «cerámica de bandas» del primer Neolítico europeo¹– o, interpretando los resultados obtenidos de los datos de una determinada manera, resucitar una de las antañonas hipótesis en juego –Gimbutas *rediviva* Renfrew *dixit*–, pero arrojando tantas sombras como luces. O quizás más. En relación a este punto, cabe señalar ya, que uno de los textos de Alain de Benoist aquí recogidos como parte de las «Conclusiones (provisionales)» está dedicado a esta cuestión, siendo el editorial del número 68 de *Nouvelle École* y fechado en 2018, cuya redacción está en consonancia con la hipótesis sostenida por Patrick Bouts, publicada también en ese mismo número de la revista².

No obstante, han sido dos décadas y la propia dificultad, por no decir inutilidad, de realizar una introducción, lleva a que sea de mayor interés darles a estas líneas el contenido de un prólogo

¹ Wolfgang Haak, «Ancient DNA from European Early Neolithic Farmers Reveals Their Near Eastern Affinities» en *PLoS Biology* noviembre 2010, 8, 11.

² Patrick Bouts, «Le peuplement de l'Europe. La révolution de la paléogénétique et les indo-européenes», en *Nouvelle École* 68, 2019, pp. 9-48.

en el que se tracen de manera muy sumaria algunos de los avatares de la polémica indoeuropea en estos últimos veinte años.

En efecto, el trabajo de Alain de Benoist no ha envejecido porque cada una de las hipótesis hoy planteadas es, por parafrasear o en realidad robarle la expresión a Carl Heinz Boettcher, una «antigua solución para un antiguo enigma»³. Alain de Benoist redactó su trabajo en un momento en el que la ofensiva de la teoría pónica comenzaba a ralentizarse, o incluso detenerse, tras décadas de esfuerzo desde las «fortalezas volantes» que constituían cada uno de los números y monografías del *Journal of Indo-European Studies*, fundado por Marija Gimbutas, y de la potencia de fuego de la que había hecho gala la excelente exposición de conjunto de esta teoría publicada en 1989 por J. P. Mallory⁴, quien parecía haberse convertido en el condotiero de la “hipótesis kurgan”, eso sí, un jefe militar más crítico y matizado que la arqueóloga lituana. Como subraya el autor, a pesar de las opiniones de algunos arqueólogos, el problema de la *Urheimat* no podrá ser nunca resuelto desde el exclusivo enfoque arqueológico, pero lo cierto es que la hipótesis de las estepas estaba basada esencialmente en unas lecturas particulares del registro arqueológico, y es aquí donde las críticas a las propuestas de Gimbutas estaban resultando demoledoras. Si hubiera que destacar un nombre entre los muchos especialistas dedicados a esa labor de demolición, o mejor de falsación, probablemente habría que citar el de Alexander Häusler, quien, en numerosos trabajos, densos y pormenorizados, iba realizando una crítica a la que no se queda corta la calificación de despiadada⁵. La constatación de la inexistencia de la menor prueba arqueológica de las

³ «*Altes Rätsel, alte Lösung*», título del capítulo 21 de su soberbio libro *Der Ursprung Europas*, St. Ingbert 1999.

⁴ *In Search of Indo-European. Language, Archaeology and Myth*, Londres 1989.

⁵ Algunos de los trabajos más interesantes sobre esta cuestión publicados por Häusler con posterioridad al trabajo de Alain de Benoist son: «*Zum Ursprung der Indogermanen. Archäologische, anthropologische und sprachwissenschaftliche Gesichtspunkte*» en *Ethnogr.-Arch. Zeitschr.*, 39, 1998, pp. 1–46; «*Nomaden, Indogermanen, Invasion. Zur Entstehung eines Mythos*», en *Orientwissenschaftliche Hefte* 5, 2002; «*Ursprung und Ausbreitung der Indogermanen: Alternative Erklärungsmodelle*» en *Indogerman. Forschungen* 107, 2002, pp. 47–75.

oleadas de invasión procedentes de las estepas hipotetizadas por los teóricos «estepistas», y la dificultad de explicar la indoeuropeización de los espacios de la Europa central y nórdica, se vio acompañada por el refortalecimiento de dos, en realidad tres, de las hipótesis relativas al hábitat originario y a las expansiones de los indoeuropeos.

La primera fue la teoría paleolítica, a la que se sumó el mencionado A. Häusler, quien posee la visión de la prehistoria europea más antimigracionista que cupiese concebir y que no dudó en sustentar el vector lingüístico de esta propuesta en las antiguas teorías de Trubetzkoy, quien reducía el indoeuropeo a un mero conjunto de isoglosas, una hipótesis que no ha resistido las críticas. Cabría mencionar también, en este contexto, a un lingüista, con cierta aura de heterodoxia, como Mario Alinei, quien ha levantado la llamada «teoría de la continuidad paleolítica» que ve un proceso de desarrollo autónomo desde el Paleolítico en cada territorio donde aparecerá, a la luz de la historia, todo pueblo indoeuropeo, una teoría que, en cualquier caso, no ha gozado apenas de aceptación, especialmente entre los lingüistas, aunque no carece de seguidores⁶.

La segunda hipótesis fue la «tesis nórdica», de la mano del ya mencionado Carl Heinz Boettcher. Boettcher había ido presentando los resultados de sus investigaciones en una serie de artículos, publicados especialmente en *Études Indo-Européennes*, en la década de los noventa, artículos que serán los manejados por Alain de Benoist para dar cuenta de esta propuesta, cuya principal virtud, que por las condiciones metodológicas en las que se plantea la cuestión del hábitat originario resulta esencial, consiste en que se centra en una cultura, la denominada de los «vasos de embudo», que en palabras de Jean Haudry: «se corresponde con la imagen que la tradición y la Paleontología lingüística nos dibujan: allí encontramos, a un mismo tiempo, la ganadería y la agricultura, el caballo, el carro, el hacha de combate, los asentamientos fortificados y las huellas de una sociedad jerarquiza-

⁶ Por ejemplo, Xaverio Ballester, véase por ejemplo «Indoeuropeización en el paleolítico. Una réplica», en *Estudis romànics*, 26, pp. 217-236.

da»⁷, un hecho que debe tenerse siempre presente. Sin embargo, era lógico, el frente de los «antiestepistas» no se mostraba homogéneo. Así, Häusler, en una recensión al libro en el que Boettcher presentaba de forma brillante su hipótesis⁸, al considerar que «C-H Boettcher gira prácticamente 180º este panorama [el propuesto por Marija Gimbutas]»⁹, está enviando a la misma estancia del purgatorio toda oleada kurgánica. Resultaría redundante entrar en detalles sobre la fascinante hipótesis de Boettcher, pues Alain de Benoist ofrece en el presente trabajo sus líneas generales¹⁰. Por lo demás, no es este un mal lugar para señalar, como resulta claro de lo anterior, que las polémicas no solo enfrentan a partidarios y detractores de las migraciones procedentes de la estepa, sino a «migracionistas» y «antimigracionistas», siendo estos últimos quienes proporcionaron en tiempos el empuje a la llamada «Nueva Arqueología» que, como suele ser habitual con estos epítetos, era más antigua que otra cosa...

En cuanto a la tercera hipótesis, no puede decirse con exactitud que recibiera un impulso merced al aluvión de críticas a la propuesta kurgan, puesto que sus presupuestos cronológicos y de desarrollo son ajenos, por previos y conceptualmente diversos, de las ideas estepistas, aunque aceptan que las estepas constituyesen un foco secundario de indoeuropeización. Se trata de las propuestas de la ola de avance neolítica surgida de Anatolia,

⁷ Jean Haudry, *Los indoeuropeos*, Santander 2017, p. 150.

⁸ C.-H. Boettcher, *op. cit.* 1999.

⁹ Alexander Häusler «Über alte und neue hypothesen zum Ursprung und zur Verbreitung der Indogermanen», en *Fennoscandia archaeologica* xxi, 2004, pp. 23-36, p. 24.

¹⁰ No obstante, para quien esté interesado en los detalles de la «hipótesis» nórdica y no domine las lenguas francesa o alemana, resultará de interés la obra de Adriano Romualdi, *Los indoeuropeos. Orígenes y migraciones*, Barcelona 2002. Esta obra fue redactada en los años setenta del siglo xx, por lo que alguna de sus partes requería una puesta al día, labor que recayó en el firmante de esta introducción, pero en la que no se abordan las implicaciones de los resultados de la biología molecular que por aquel entonces no habían alcanzado el nivel actual.

defendida por Colin Renfrew¹¹ y reformulada por M. Zvelebil¹² o K. Wiik¹³, y vuelta a reformular por R. P. Bouckaert¹⁴, las de los lingüistas Th. V. Gamkrelidze y V. V. Ivanov¹⁵, que verán en la cultura de Halaf del cuarto milenio, y sita en el norte de Mesopotamia, la *Urkultur* indoeuropea. Al igual que en el caso anterior, remito a lo expuesto por Alain de Benoist sobre estas propuestas, aunque vaya por delante que el mayor hándicap, pero no el único, de ambas hipótesis, es la enorme inadecuación de su cultura material y del marco «biogeoclimático» a los resultados de la reconstrucción lingüística. No obstante, las hipótesis anatólicas y próximo-orientales han continuado sobreviviendo, más mal que bien, durante estos inicios del siglo XXI, aunque en algunos casos muy llamativos se haya acabado por tirar la toalla a la lona¹⁶.

Pero son más las propuestas que a caballo del cambio de milenio y durante los primeros años del siglo XXI se han avanzado para dar explicación a unos problemas que, a veces, se van aclarando pero que otras se enmarañan más a medida que avanzan las investigaciones. Un caso que tuvo mucha publicidad, pero poco recorrido, fue la propuesta del lingüista Theo Venneman, que planteó la idea de que la hidronimia paleoeuropea identifi-

¹¹ Colin Renfrew, *Arqueología y lenguaje. La cuestión de los orígenes indoeuropeos*, Barcelona 1990.

¹² M. Zvelebil, «Indo-European dispersals and the agricultural transition in Northern Europe: culture, genes, and language», en K. Julku (ed.), *The Roots of Peoples and Languages of Northern Eurasia IV*, Oulu 2002, pp. 318-343.

¹³ K. Wiik, «On the Emergence of the Main IndoEuropean Language Groups of Europe through Adstratal Influence», en K. Julku (ed.), *The Roots of Peoples and Languages of Northern Eurasia IV*, Oulu 2002, pp. 285-292.

¹⁴ R. P. Bouckaert y colaboradores, «Mapping the origins and expansion of the Indo-European languages», en *Science* 337, 2012, pp. 957-960.

¹⁵ Th. V. Gamkrelidze y V. V. Ivanov. *IndoEuropean and the Indo-Europeans. Part I.*, 1995 Berlín y Nueva York.

¹⁶ Este parece ser el caso del nombre de mayor resonancia vinculado a la tesis anatólica, Colin Renfrew, quien, seducido por los resultados de las investigaciones moleculares, ha manifestado que: «Su teoría de la invasión kurgan fue contemplada con reservas por muchos especialistas, en la actualidad un reciente trabajo sobre DNA antiguo ha concedido un fuerte apoyo a sus puntos de vista y poniéndola de nuevo en primer plano».

cada por Krahe y estudiada en profundidad por W.P. Schmid y J. Udolph, no estaba reflejando un estrato lingüístico indoeuropeo, sino protovasco. Por otro lado, en una línea paralela a la de Gamkrelidze e Ivanov, el arqueólogo A. G. Sherratt ha planteado la existencia de relaciones entre las innovaciones de la cultura próximo-oriental de Uruk, la caucásica de Maikop y la cultura kurgan de la estepa, unas relaciones que podían haber conducido a transformaciones profundas de carácter lingüístico, pero de nuevo esta propuesta no ha encontrado demasiada aceptación¹⁷. Se trata, en cualquier caso, solo de dos ejemplos de cómo se ha proseguido elaborando hipótesis y de los debates que estas han generado.

Sin embargo, probablemente el mayor de los enigmas que encierra la cuestión del hábitat primordial indoeuropeo sea el referido a los testimonios árticos y polares. Alain de Benoist dedica un párrafo a tratar un sorprendente y sugestivo argumento que ha levantado tanta incredulidad como aquiescencia, y cuyo tesoro argumentativo no ha dejado de crecer en las dos últimas décadas de la mano especialmente de Jean Haudry¹⁸, cuyos descubrimientos y conclusiones pueden verse en la edición castellana de su obra ya citada (2017), puesta al día por el propio autor y, especialmente, la nueva reedición castellana de la obra de B. G. Tilak¹⁹, en la que se incluye un largo estudio del profesor Haudry recogiendo detalladamente los testimonios de lo que denomina el primer período de la tradición indoeuropea conformada en un medio ambiente ártico o incluso polar. Estos datos atestiguan, sí, que los ancestros de la comunidad indoeuropea tuvieron que conocer directamente, y durante años continuos, las condiciones árticas, pero no implica que esas zonas puedan ser consideradas el último hábitat común previo a la dispersión, cuestión sobre la que también ofrece las requeridas explicaciones el texto de Alain de Benoist o el propio Jean Haudry en sus propios trabajos citados.

¹⁷ Häusler, *op. cit.* 2004 p. 27, quien añade la opinión también negativa de Edard Polomé sobre esta hipótesis.

¹⁸ Jean Haudry, *op. cit.* 2017, pp. 160-162.

¹⁹ G. B. Tilak, *El hogar ártico en los Vedas*, en prensa.

La irrupción de la biología molecular

Así, la primera década del siglo XXI podría considerarse una prolongación del panorama descrito por Alain de Benoist en esta obra y será en este contexto en el que harán su aparición, al principio casi con cuentagotas, pero a día de hoy a un ritmo que hace prácticamente imposible, a quien no se dedique profesionalmente a ello, a estar completamente al día de investigaciones, resultados, propuestas y debates, las investigaciones paleogenéticas en el terreno de juego de las polémicas de la indoeuropeística. En un principio –sin contar con las primeras y excesivamente ambiciosas investigaciones del equipo de Cavalli-Sforza–, estos estudios tenían un objeto circunscrito, valga de ejemplo entre otros el trabajo de Haak (2010) mencionado en la nota 1 o el de Sanghamitra Sengupta y colaboradores²⁰, pero ya desde muy pronto los resultados empezaban a despertar tantas perplejidades como a desbrozar terrenos. Pero será en 2015, con la publicación del, a estas alturas ya célebre, trabajo de Wolfgang Haak y colaboradores²¹, que pareciera haberse descubierto la herramienta definitiva que iba a dar respuesta a la secular pregunta sobre la esquiua patria de origen de esos también esquivos indoeuropeos. Esta investigación sobre sesenta y nueve individuos del conjunto de Eurasia y pertenecientes a un abanico temporal entre el 8000 y el 3000 a. C., les llevaba a concluir que, alrededor del 2500 a. C., se produjo un aporte genético importante en la Europa central y nórdica traído por poblaciones procedentes de las estepas pónticas. En concreto, sostenían, pues así lo atestiguaban los resultados obtenidos, que los integrantes de la cultura de la «cerámica de cordada» alemana, mostraban un porcentaje del 75 % de componente estepario, lo que les

²⁰ Sanghamitra Sengupta y colaboradores, «Polarity and Temporality of High-Resolution Y-Chromosome Distributions in India Identify Both Indigenous and Exogenous Expansions and Reveal Minor Genetic Influence of Central Asian Pastoralists» en *The American Journal of Human Genetics* 78, febrero 2006, pp. 202-221.

²¹ Wolfgang Haak et alia, «Massive migration from the steppe is a source for Indo-European languages in Europe», en *Nature*, vol. 522, 11 de junio de 2015.

permitía hablar de «inmigración masiva». No obstante, el entusiasmo se enfriaba un poco cuando se constataba que, de los quince individuos calificados de «*Late Neolithic*», los únicos identificables como pertenecientes a la «cerámica de cordada» son los del yacimiento de Esperstedt, que son cuatro: tres mujeres y un varón, el cual posee el haplotipo R1a1a1, habitual en los integrantes de esta cultura e inexistentes entre los yamnaya-kurgan que poseen en su totalidad el haplotipo R1b. Esto no es óbice para que, efectivamente, poseyeran el componente genético identificado en las estepas, pero quizás fuese la relativa cercanía a una zona de verdadero asentamiento kurgan, como es la llanura húngara, lo que llevase a los autores a advertir con prudencia que: «nuestros datos no resuelven la cuestión definitiva del hábitat originario protoindoeuropeo», a pesar de lo cual fue recibido con entusiasmo por el frente «estepista» como el arma que parecía inclinar definitivamente la contienda hacia los un tanto vapuleados kurganes, no en vano, el último de los firmantes del artículo no era un especialista en genética molecular, sino un arqueólogo, David W. Anthony, quien pareciera ser el último en recibir el cetro –con toda seguridad coronado con una testa de caballo, siguiendo la tradición kurgánica– de jefe militar de la milicia estepista²², una vez que J. P. Mallory ha hecho hincapié en algunos de los hándicaps de las estepas como *Homeland* a los que él mismo califica como «nubes sobre los hábitats originarios indoeuropeos»²³. No obstante, un nuevo camino se había abierto.

Este artículo se vio acompañado, también en 2015, por otro de Allentoft y colaboradores²⁴, en el que, haciendo uso de una nueva metodología, y con un conjunto de 101 individuos analiza-

²² Véase recientemente su puesta al día de la hipótesis pónica: David Anthony y Don Ringe, «*The Indo-European Homeland from Linguistic and Archaeological Perspectives*», en *Annual Review of Linguistics*, 2015, pp. 199-219

²³ J. P. Mallory, «*Twenty-first century clouds over Indo-European homelands*», ponencia del autor en el seminario «*Indo-European Homeland and Migrations: Linguistics, Archeology and DNA*», Moscú, 12 septiembre, 2012, pp 145-153 de las actas.

²⁴ Morten E. Allentoft et alia, «*Population genomics of Bronze Age Eurasia*», en *Nature*, 522, 11 de junio de 2015.

dos, se alcanzaban unas conclusiones análogas esencialmente a lo avanzado por Haak et alia. Pero lo verdaderamente trascendente de ambas investigaciones era que, tanto el equipo de Haak como el de Allentoft, a pesar de desentenderse del problema de la ubicación de la *Urheimat*, sí que vinculaban explícitamente las migraciones deducidas de los resultados moleculares con la expansión de las lenguas indoeuropeas²⁵. Aunque algunos datos desentonaban fuertemente del cuadro propuesto, como, por ejemplo, que «la enigmática cultura de Sintashta próxima a los Urales muestra semejanza genética con la “Cerámica de Cuerdas” y es, por tanto, probable que se tratase del resultado de una migración en dirección al Este hacia el interior de Asia. Mientras esta cultura se expandía hacia el Altái fue evolucionando hacia la cultura de Andronovo...» (Haak). Sintashta, algo teatral calificarla de enigmática, constituye una de las más firmes candidatas para reflejar la comunidad indoiraniana²⁶.

Con estos mimbres, y alguno más, el biólogo molecular David Reich publicó, en 2018, una obra destinada a lograr un gran eco en la que dedicaba dos capítulos a la cuestión de la indoeuropeización de Europa y del subcontinente indio²⁷. La nueva metodología empleada, y el «mixto» identificado como específicamente estepario, aparecían de tal manera entre los individuos analizados que era preciso hablar ya, no solo de una *massive migration*, sino de una verdadera y cuasi total sustitución poblacional en prácticamente todo el continente. Especialmente espectacular

²⁵ M. E. Allentoft et alia, *op. cit.* 2015: «Nuestra evidencia genómica de la expansión del pueblo Yamnaya desde las estepas póntico-caspianas tanto hacia Europa como hacia Asia central durante la Edad del Bronce inicial se corresponde bien con la hipotética expansión de las lenguas indoeuropeas». Wolfgang Haak et alia, *op. cit.* 2015: «Nuestros resultados compelen a ver la estepa como la fuente de al menos algunas de las lenguas indoeuropeas de Europa al documentar una migración masiva hace 4500 años asociada a las culturas de “Yamnaya” y de la “Cerámica de Cuerdas”, que se han identificado por aquellos que proponen la hipótesis de la estepa como vector de la expansión de las lenguas indoeuropeas en Europa».

²⁶ Mallory, 53, 228

²⁷ David Reich, *Who We Are and How We Got Here*, Oxford 2018, en concreto los capítulos 5, «*The Making of Modern Europe*», y 6, «*The Collision That Formed India*».

sería el caso de la península ibérica, en la que, según la metodología empleada, la desaparición de los varones existentes antes de la llegada de las hordas de la estepa habría sido total. Reich, ante unos datos que movían a asombro –incluso al mismo David W. Anthony–, ha avanzado, sin demasiado convencimiento, que las causas de tamaña mortandad podrían haber sido epidemias masivas que, no obstante, solo se habrían cebado con la población masculina. Las implicaciones de estas investigaciones y estas nuevas metodologías han provocado entre los especialistas de las diversas disciplinas implicadas en la cuestión indoeuropea, como cabía esperar, llamamientos a la prudencia. Ni qué decir tiene que el registro arqueológico es absolutamente mudo sobre las presuntas brutales transformaciones de mediados del tercer milenio que deberían haberse verificado en un escenario semejante²⁸, una época protagonizada por un fenómeno cultural de no demasiado alcance, pero que, por necesidades de la causa, ha sido elevado a un estrellato casi hollywoodiense: el «vaso campaniforme». Este fenómeno cultural, caracterizado por un registro exclusivamente funerario y de una gran homogeneidad, y que está muy vinculado a un fenotipo muy determinado, el braquicéfalo plano occipital (pero no en la península ibérica), ha sido interpretado de diversas maneras, incluso como el reflejo arqueológico de grupos nómadas de especialistas metalúrgicos, es, a día de hoy, todavía objeto de debates. En cualquier caso, la opinión generalizada sobre la incidencia de esta cultura era resumida así por Marion Lichardus-Itten en los años ochenta, pero que expone una visión que no ha cambiado a día de hoy: «Es evidente, no obstante, que la cultura del “Vaso

²⁸ La arqueología está perfectamente en condiciones de detectar rápidos procesos de cambio de esta magnitud, baste como ejemplo la absoluta y extremadamente rápida desaparición de la cultura arqueológica de Sintana de Mures a finales del siglo IV de nuestra era. Esta cultura, de una enorme extensión territorial, correspondía al asentamiento de las comunidades gótico-tervingias que emigraron en su práctica totalidad al interior del Imperio romano, tal y como informan numerosas fuentes romanas. Diez años después de la aparición de los hunos desde las estepas, la transformación del registro arqueológico había sido radical. Véase Volker Bierbrauer, «*Archäologie und Geschichte der Goten vom 1.7. Jahrhundert. Versuch einer Bilanz*», en *Frühmittelalterlichen Studien* xxviii, 1994, pp. 51-171, p. 133 y ss.

Campaniforme”, que caracteriza el Calcolítico final de la Europa central, no conlleva cambios estructurales fundamentales. Más aún, parece que solo contribuye de forma secundaria a la formación de la civilización del Bronce, como lo demuestra el examen de las principales zonas distinguidas a Este y Oeste»²⁹. Un protagonista que, a pesar de la publicidad recibida, no parece dar la talla en la película.

Pero la coherencia en el desarrollo de las semillas que portaban los trabajos pioneros de Haak et alia y Allentoft et alia, no podían sino germinar dando frutos que, no por parecer radicales, dejan de responder a una lógica difícil de contestar. Como ejemplo de esto, resultan excelentes los trabajos, por lo demás extremadamente interesantes, de Carlos Quiles³⁰, quien, a pesar de no ser el primero en hacerlo, sostiene con gran coherencia lo que todo partidario de las teorías pónicas, empezando por Marija Gimbutas, era relucante a aceptar, a saber, que la cultura de la «cerámica cordada», y su molesto haplotipo R1a, jamás fueron indoeuropeos, como no lo fueron sus predecesores de las «ánforas globulares» ni de los «vasos de embudo». Un siglo de intentos haciendo derivar a los «cordados» del Centro y del Este de Europa (Fatjanovo incluido) de alguna cultura de la estepa para acabar resolviéndolo mediante el método de negar la mayor: la cultura de la «cerámica cordada» no sería sino el reflejo de la expansión de los hablantes de las lenguas urálicas. Las gentes y las lenguas indoeuropeas habrían llegado al Centro y el Norte de Europa merced al «vaso campaniforme», un galán con calzas, sí, pero que es el único que se ha podido presentar al *casting*...

²⁹ Marion Lichardus-Itten y Jan Lichardus, «Difusión de la civilización neolítica en Europa y evolución histórico-cultural hasta el final del Calcolítico», en J. Lichardus y colaboradores, *La protohistoria de Europa. El Neolítico y el Calcolítico*, Barcelona 1987, pp. 59-311, pp. 264-265.

³⁰ Los diferentes trabajos de Carlos Quiles pueden consultarse en <https://indoeuropean.eu/asosah/>

Las polémicas en la India

Pero la cuestión indoeuropea no se restringe a Europa. Las polémicas entre migracionistas y autoctonistas cuentan con un curioso capítulo en el extremo suroriental del dominio indoeuropeo. Curioso porque el impulso inicial del rechazo a la invasión aria del subcontinente indio surge de círculos del tradicionalismo religioso indio, aunque pronto es asumido por lingüistas y arqueólogos. Esta polémica dio pie a un muy interesante debate en las páginas de varios números del *Journal of Indo-European Studies* entre Elena Kuzmina, Asko Parpola, Martin Huld y Michael Witzel, por un lado, quienes defendían con muy buenos argumentos de naturaleza filológica y arqueológica la realidad de la «llegada de los arios», y N. D. Kazanas por otro, como representante de la «hipótesis autoctonista»³¹. En realidad, la migración de las tribus védicas desde las llanuras póntico-caspianas es un hecho. Elena Kuzmina³² había recapitulado algo antes algunos de los datos que demuestran la realidad de la migración: la presencia de un buen número de préstamos en sánscrito conectados con la agricultura y la flora y la fauna local, de origen no indoiranio, la incompatibilidad del elevado nivel de la civilización agrícola de Harappa con la economía ganadera descrita en la literatura védica, las conexiones lingüísticas exclusivamente arias –es decir, no compartidas con el iranio– con el ugrofinés exige la existencia de una *Urheimat* indoaria en las estepas, la producción de cerámica sin torno en los textos védicos excluye el área de la India o del Próximo Oriente, las prácticas culturales ligadas al caballo y el uso védico del carro de guerra tirado por caballos. Desde una óptica científica, y a pesar de la tinta gastada en su defensa, la autoctonía ariovédica del subcontinente es completamente insostenible. Cuestión más compleja es la de la atribución de una cultura arqueológica concreta a la comunidad

³¹ Los números del *Journal of Indo-European Studies* en los que se publicaron las diversas intervenciones son JIES 30, 3/4, 2002 y JIES 31, 1/2, 2003.

³² Elena E. Kuzmina, «*The First Migration Wave of Indo-Iranians to the South*», en *Journal of Indo-European Studies* 29 1/2, 2001, pp. 1-40, pp. 4-5.

indoirania. Sintashta y Andronovo son los candidatos mejor colocados, pero, aun así, continúan existiendo problemas³³.

Pronto, las investigaciones genéticas centraron su foco de interés en la India. El equipo de Michel Bamshad establecía ya, en 2001, la estrecha relación de la actualidad de los varones de las castas superiores con los europeos³⁴. Pero cuatro años después, las investigaciones de Sanghamitra Sengupta y colaboradores presentaban un cuadro bastante distinto: «El patrón de *clustering* no confirma el modelo según el cual la fuente primaria de los cromosomas R1a1-M17 en la India fue el Asia central o el Valle del Indo vía los hablantes de indoeuropeo». Para estos autores, los resultados eran así «completamente inconsistentes con [...] un fuerte impacto genético de los indoeuropeos en el *pool* genético de la India. Por el contrario, nuestra inferencia general es que contribuyó [a los resultados obtenidos en su estudio] una expansión en la India noroccidental que durante el holoceno temprano» siendo «posibles explicaciones más complejas que la simplista conclusión de que HGs J y R1a1 están reflejando expansiones démicas de granjeros hablantes surorientales de lenguas dravídicas y ganaderos indoeuropeos del Asia central». Para los autores, las raíces de los patrones genéticos indios se encuentran muy atrás en la prehistoria, o lo que es lo mismo, (casi) todos los indios siempre estuvieron allí³⁵. Sin embargo, los datos que empezaba a ofrecer la investigación del

³³ La cultura del Bronce de Andronovo³³, extendida por los valles de los ríos Amu Darya, Syr Darya, Ural y Tobol, mientras que los arios védicos, ya desgajados, se descubrirían en su proyección meridional de Tazabagyab y en la cultura más meridional de Gandhara. Sin embargo, como el propio Mallory reconoce, «no resulta sencillo alegar simplemente la cultura de Andronovo para resolver todos los problemas de los orígenes indoiranios», especialmente los relativos a los iranios occidentales, mitanios e indoarios. J. P. Mallory, *op. cit.* 1989, pp. 227-231; Elena E. Kuzmina, *op. cit.* 2001.

³⁴ Michael Bamshad et alia, «*Genetic Evidence on the Origins of Indian Caste Populations*», en *Genome Research* 11, 2001, pp. 994-1004, p. 994: «En conjunto, los cinco grupos de datos muestran una tendencia hacia que las castas superiores sean más similares a los europeos, mientras que las castas bajas son más similares a los asiáticos».

³⁵ Sanghamitra Sengupta y colaboradores, *op. cit.* 2005, pp. 218.

equipo de Reich, sacaba a la luz la presencia del «mixto estepario» también en la India, unos resultados coherentes con los hallados por Vagheesh M. Narasimhan y colaboradores en 2019³⁶: «Trabajos previos han registrado movimientos masivos de población procedentes de la estepa eurasiática hacia Europa en el tercer milenio a. C., probablemente responsables de la expansión de las lenguas indoeuropeas. Por nuestra parte, hemos sacado a la luz una serie de eventos paralelos que llevaron a la expansión de una herencia esteparia hacia el Asia meridional, a consecuencia de lo cual se documentan los movimientos de pueblos que fueron probablemente los canales de expansión de las lenguas indoeuropeas». Unos componentes que, como insisten los autores, están presentes de forma abrumadora en la casta brahmánica. Con todo, este último trabajo vuelve a constatar de nuevo la vinculación (puesta en duda por los antimigracionistas, como hemos visto) la presencia del haplotipo R1a –y la consabida y problemática ausencia del R1b– y su vinculación a los individuos de grupos orientales de la «cerámica de cuerdas» o Sintashta entre otros (MLBA en el artículo). Estos ejemplos son suficientes para mostrar las hipótesis en juego y alguno de los problemas que plantean los estudios moleculares.

Los límites de la genética

Pero la cuestión del hábitat originario indoeuropeo es, como Alain de Benoist subraya, una cuestión que depende necesariamente de la reconstrucción realizada por la paleontología lingüística. Los genes, Bouts así lo recuerda también, no hablan. Pueden estar señalando movimientos démicos o «primaveras sacras», a los efectos del vagabundeo de bandas de guerreros jóvenes, a cuellos de botella, a interacciones sociobiológicas entre poblaciones cercanas como matrimonios, raptos de mujeres o poblaciones enteras reducidas a la servidumbre, a la movi-

³⁶ Vagheesh M. Narasimhan y colaboradores, «*The formation of human populations in South and Central Asia*», en *Science* 365, 999, 6 septiembre 2019

lidad de grupos de artesanos especializados –como se ha querido ver en el campaniforme–, etc., pero no a la cultura o la lengua de quienes los portan. Cuando J. P. Mallory, uno de los mejores conocedores de la arqueología kurgan de las últimas décadas, que ha hecho aportes fundamentales al conocimiento del medio ecológico de las culturas de las estepa, baste recordar la serie de estudios publicados en el *JIES* sobre la fauna kurgan y su reflejo en indoeuropeo, y que ha sido un duro partidario de esta hipótesis, llega a escribir lo siguiente: «El punto crítico para estos modelos [el modelo anatólico y el estepario] es que, mientras todos y cada uno de ellos, pueden explicar la distribución de los nombres de animales domésticos, existen serios problemas relativos a la expansión de la agricultura de arado. Como Anthony señala en este simposio, no existe ninguna evidencia seria de agricultura de arado (cereales domésticos) al Este del Dnieper hasta después del 2000 a. C. (véase también Ryabogina & Ivanov, 2011; Mallory, en prensa). Esto significa que tampoco existe evidencia de cereales domésticos en las estepas asiáticas hasta el Bronce Tardío (Andronovo, etc.). Desde la perspectiva del modelo pónico-caspiano, los ancestros de los indoiranios y los tocarios no habrían cruzado los Urales antes del 2000 a. C. como muy pronto. Las hipótesis que vinculan a los tocarios con las expansiones desde la estepa más tempranas hacia el Este, asociadas con las culturas de Afanasievo u Okunevo del Yenisei o Altái (Mallory y Mair, 2000), resultan muy difíciles, si no imposibles, de sostener (en la medida en la que no hay pruebas de agricultura de arado en esas culturas) desde el momento en el que el tocario ha preservado elementos del vocabulario agrícola indoeuropeo. (...) pero si al este del Dnieper la presencia de agricultura era mínima o completamente inexistente, entonces, ¿cómo podemos describir las culturas arqueológicas orientales del Don (Repin), Volga (Khvalynsk) o toda la región del Don-Ural (Yamnaya) como indoeuropea si carece por completo de agricultura de arado?»³⁷, las aguas vuelven de nuevo al cauce del que no debieron escapar nunca.

³⁷ J. P. Mallory, *op. cit* 2012, p. 151

Es decir, que si el marco arqueológico real de las estepas no responde a la realidad indoeuropea reconstruida, y por ahora no lo hace, toda especulación acerca de la *Urheimat* póntica basada sólo en deducciones realizadas a partir de determinados datos moleculares, no pueda más que desvanecerse como la niebla de la aurora con la fuerza del día. Pero los datos genéticos están ahí, no hay razón para ponerlos en duda, ni para dejarlos de lado, sino todo lo contrario, pero constituyen otra pieza más de un rompecabezas que está lejos de resolverse. Que la distribución el «mixto kurgán» y las diversas distribuciones de haplotipos sean realmente indicios de concentraciones poblacionales o movimientos démicos es posible^{37a}, pero nada sostiene que estos últimos partiesen del foco que se denomina «hábitat originario», sino que naciesen de los hogares de pueblos no indoeuropeos (como habitualmente se ha considerado a las gentes del campaniforme) o indoeuropeos ya desligados como explica por ejemplo Leo S. Klejn en su polémica con Haak, Allentoft et alia^{37b}. Los problemas que plantean la paleolingüística y la arqueología son más complejos que los bellos mapas con colores, flechas y porcentajes de los genetistas: los «campos de urnas» de Francia, España e Italia son el prólogo de culturas que presentan lenguas indoeuropeas y lenguas no indoeuropeas en un contexto de vecindad y solapamiento angustiante. No son los instrumentos de la biología molecular los que podrán dar cuenta de estas

^{37a} El trabajo de Mathieson y colaboradores (Mathieson et alii, *The Genomic History of Southeastern Europe*, en *Nature* 555 2018, pp.197–203), que vuelve a confirmar los datos de Haak (2005) relativos al origen sudoriental de los portadores de las primeras culturas neolíticas en Europa, evidencia la no aparición del «mixto kurgán» en los individuos analizados de la cultura de la Ánforas Globulares polaca y ucraniana, lo que abunda en la excesivamente reciente, y presunta, «expasión esteparia» para dar cuenta de la dislocación del protoindoeuropeo.

^{37b} Leo S. Klejn, Wolfgang Haak, et alii, y Kristian Kristiansen et alii, «Discussion: Are the Origins of Indo-European Languages Explained by the Migration of the Yamnaya Culture to the West?» en *European Journal of Archaeology* 2017, pp 1-15. Es recomendable la lectura de las breves contribuciones a este debate porque evidencian los pies de barro de las soluciones genéticas a complejas cuestiones lingüísticas y arqueológicas, las aporías a las que conducen los diferentes datos moleculares o las diversas interpretaciones de que son susceptibles los datos moleculares entre otras cuestiones.

incógnitas. Guste o no, no será la genética por sí sola la que pueda proporcionar la solución a una pregunta que se planteó hace ya mucho desde las ciencias del lenguaje. Un problema para el que el presente trabajo de Alain de Benoist constituye una excelente y estimulante introducción.